

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LV —

MOSQUERA TOMAS CIPRIANO (1798-1878)—*Compendio de Geografía General, Política, Física y Especial de los Estados Unidos de Colombia*—Dedicado al Congreso General de la Unión, por T. C. de Mosquera, Gran General de la Unión Colombiana—Imprenta inglesa y extranjera de H. C. Panzer. 93, London Wall, E. C. Londres, 1866. 25 x 16 ctms. VIII-327 págs. y Fe de erratas.

El gran general Tomás Cipriano de Mosquera fue una de las personalidades más brillantes, complejas, contradictorias y discutidas de Colombia en el siglo XIX.

Nacido de familia rica y poderosa, avecindada en la ciudad de Popayán, las circunstancias en que vivió el país, en el primer cuarto del siglo XIX, determinaron la orientación y el destino de su existencia.

Apenas adolescente, alistose en el batallón "Patriotas", a las órdenes del precursor Nariño. Asiste al combate de la Cuchilla del Tambo, donde los republicanos son completamente derrotados, pero logra escapar y busca refugio en Jamaica. Vuelto a la patria, combate luego a las órdenes del general Valdés, ingresa más tarde en el estado mayor del ejército republicano y también en la plana de ayudantes de Bolívar. Estuvo a punto de perder la vida en Barbacoas, a manos del célebre guerrillero realista, Agustín Agualongo, quien le destrozó la mandíbula de un arcabuzazo, causándole una grave lesión de por vida que perturbó en don Tomás la clara pronunciación del lenguaje, por lo que sus malquerientes lo bautizaron con el remoquete de "mascachochas". Sirvió años después la jefatura de las intendencias de Barbacoas, Buenaventura y Guayaquil. Es ascendido a general a los 31 años de edad, y honrado con el cargo de enviado extraordinario y plenipotenciario de Colombia ante los gobiernos de Chile, Perú y Bolivia, ocasión en que suscribe algunos tratados públicos internacionales con esos países.

— 1956 —

En 1830, don Tomás Cipriano viaja a los Estados Unidos, en unión de su hermana. El 15 de diciembre parte de Cartagena, llevando consigo el triste presagio de la muerte inminente del Libertador, de quien no puede despedirse sino a través de una carta. Permanece en el extranjero varios años, y en 1833 regresa a Colombia para ingresar al Congreso, de que era miembro. Se ocupa luego en negocios agrícolas en su hacienda de Coconuco, hasta que la política y las perturbaciones sociales del país, lo obligan a participar en la lucha pública, ya en el parlamento, ya en los campos de batalla.

En 1845, Mosquera es elegido presidente de la república. Realizó entonces a favor del país una magnífica obra de gobierno, de integral beneficio, así en el campo del progreso material como del adelanto científico y artístico. Fue la suya una administración verdaderamente revolucionaria en este sentido, y sin duda alguna de las más benéficas que tuvo Colombia en el siglo XIX.

Viene luego para Mosquera una etapa de reposo en su hacienda, que sería también de estudio de sus materias favoritas —la geografía patria en primer término— y de viajes por Estados Unidos y Europa. Pero el morbo de la política, ya no lo abandonaría, y cuando regresa al país reanuda tales actividades, que lo llevan a la presidencia del Cauca, a la revolución armada y a la presidencia de la república, con el título de presidente provisorio de los Estados Unidos de la Nueva Granada y supremo director de la guerra. Cuenta, para el buen suceso de esta nueva administración gubernamental, con el concurso de colaboradores como Andrés Cerón, Julián Trujillo, Rojas Garrido, Manuel Ancízar, y, sobre todo, de Rafael Núñez, quien, en pleno radicalismo ideológico, inspira y ejecuta las más trascendentales medidas que tomó el gobierno de Mosquera en este período, desamortización de bienes de manos muertas, expulsión de los jesuitas, leyes de tuición, etc.

En 1863 tiene lugar la reunión de la convención de Rionegro, que expide la celeberrima carta federal de ese año, y confirma a Mosquera en su cargo de jefe del Estado.

A finales de ese año, los acontecimientos internacionales del Sur, lo obligan a salir de Bogotá, camino de la frontera colombo-ecuatoriana, donde amagaba un ejército fuerte en más de nueve mil hombres, comandados por el general Juan José Flórez, al que derrota, con poco más de dos mil soldados, en los campos de Cuaspud, el domingo 6 de diciembre. El penúltimo día del año firma en Pinsaquí un tratado de paz, generoso y caballeresco, en el que no se infería agravio ni cargo algunos al vencido.

A esto siguen otras actividades políticas y administrativas del gran general. Un nuevo viaje a Europa, y, a su retorno, otra vez la presidencia de la república, donde su temperamento cesarista y autoritario lo compromete en inaceptables excesos de poder, como consecuencia de los cuales, un golpe de estado lo depone del mando, lo encierra en el Observatorio Astronómico de Bogotá, lo somete a juicio ante el senado de la república, y tiene que salir al destierro, en Lima, que fue, por cierto, un dorado exilio, pues eran muchas y muy gratas las amistades que don Tomás Cipriano había dejado en la ciudad del Rímac.

A los tres años, el olvido había cubierto las censurables actuaciones del gran general. Regresa a la patria, donde la presidencia del Estado Soberano del Cauca y una curul en el congreso lo esperan. Un hálito de gloria lo circunda ya. Todos ven en el viejo caudillo al último superviviente de la constelación bolivariana, en el ocaso de su carrera. Consciente de su caducidad, fatigado por la arterioesclerosis que lo agobia, corre a refugiarse en su final a Coconuco, la hacienda de sus mayores, donde fallece, reconciliado con la Iglesia católica, el 7 de octubre de 1878. Como en la muerte de Napoleón, sus enemigos descansan, y exclama: "¡Con tal de que se muera, aunque se salve!". La gratitud nacional ordena luego erigir su estatua en el patio principal del Capitolio Nacional, cuya construcción había ordenado el prócer años atrás. Y su nombre entra, por la puerta principal y por derecho propio, en la plaza mayor de la historia nacional.

Mosquera no fue el espadón ignaro y brutal que algunos pretendieron. Nacido en el seno de familia ilustre, de caballeros agricultores y letrados, pesaron mucho sus ancestros en el destino de su vida. Y como Bolívar, su jefe de los años gloriosos de juventud, como el general Santander, como Rafael Reyes, a quienes la posteridad ha juzgado y hecho justicia, a la sombra de los vivaques, en los días de descanso en la casa solariega, leía incansablemente y estudiaba con provecho, alternaba con eminentes hombres de ciencia y de letras, y se nutría, a favor de su inmenso talento natural, de los conocimientos que eran los preferidos de su inteligencia.

De este modo, Mosquera fue autor de copiosas producciones científicas y políticas, que la bibliografía nacional ha recogido. De ellas habla don Isidoro Laverde Amaya, en el tomo I de su *Bibliografía colombiana*, al transcribir lo que a propósito anotaron don Angel y don Rufino José Cuervo, en la *Vida de Rufino Cuervo*, así:

Examen crítico. 2 volúmenes. Valparaíso, 1843.

Decretos sobre rentas de fábrica de las iglesias parroquiales y catedrales. 1845.

Táctica para las maniobras de artillería. 1848.

Memoria sobre la geografía física y política de la Nueva Granada, 1852.

Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar, 1853.

Resumen histórico de los acontecimientos que han tenido lugar en la república. 1855.

Ordenanzas para el régimen, disciplina, subordinación y servicios de la guardia colombiana, 1863.

Discurso del presidente provisorio de los Estados Unidos de Colombia, 1863.

Los cultos religiosos vistos bajo su aspecto económico, 1865.

Compendio de geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia, 1866.

Testamento político, 1887.

Diccionario geográfico de los Estados Unidos de Colombia, 1868.

Informe del presidente de los Estados Unidos de Colombia al congreso de 1867, 1867.

Cosmogonía, 1868.

Los partidos en Colombia, 1873.

Ojeada sobre la situación política y militar de Colombia, 1877.

Bolívar y sus detractores, 1878.

Todo esto, sin contar con muchos artículos que sin su nombre publicó Mosquera en la prensa nacional, y con la magistral *Defensa* que de los actos de su administración compuso el gran general, y que corre publicada en el infolio de su *Causa* ante el senado de la república. De esta, como de otras producciones de Mosquera trataremos en otros capítulos de este estudio.

El *Compendio de geografía general* de nuestro país es una obra bella y pulcramente editada, en tipo tamaño pica y excelente papel, con la sobriedad y buen gusto propios de las prensas inglesas. El general Mosquera firmó la dedicatoria de ella, al congreso nacional, en Londres, hizo precisamente un siglo, el 4 de febrero de 1866.

El libro se divide en cuatro partes principales y una final, con el temario siguiente:

- I) Geografía general.
- II) Geografía política.
- III) Geografía física.
- IV) Geografía especial de los Estados, y
- V) Parte final. Idea geológica. - Conclusión.

La obra está seguida de un apéndice, en el cual se agrupan una memoria sobre varias observaciones meteorológicas y varios cuadros acerca de la posición geográfica de muchos lugares, las plantas, raíces, granos y frutos alimenticios más comunes; y las plantas para diversos usos en artes y medicina, maderas de construcción y ebanistería, con sus denominaciones científica y vulgar.

En la introducción explica el autor los antecedentes de su obra, que se remontan a los estudios que realizó para formular, hacia 1852, sobre la geografía física y política de la Nueva Granada, una *Memoria* que Mosquera dedicó a la sociedad geográfica y estadística de Nueva York, y que fue luego traducida al inglés y al holandés, con aplauso de los entendidos.

Refiere luego que, desempeñando la jefatura del Estado, llamó de Venezuela al coronel de ingenieros Agustín Codazzi, para que se encargase de la comisión corográfica que la ley colombiana había decretado, y levantase después la carta de la república y las de las provincias. "Para este efecto, —añade— había mandado yo reunir los datos que podían con-

seguirse en el país, y había autorizado al ministro de la república en Londres para que comprase de los herederos del ingeniero español Bauzá todos los planos y cartas que sobre el antiguo virreinato de la Nueva Granada poseía aquella familia, y que habían pertenecido al depósito hidrográfico de España..." (Págs. 1-2).

Alude después a las labores iniciales que a Codazzi le tocó desarrollar, y a la organización de la expedición corográfica, obra del general José Hilario López. "Era director de ella el coronel Codazzi, —recuerda— y le acompañaban el señor Manuel Ancizar para llevar la parte histórica y descriptiva de la expedición, el señor José Triana para la parte botánica, y algunos jóvenes para desempeñar el dibujo y los trabajos de diseño..."

Recuerda más tarde las vicisitudes y peripecias de la expedición, por obra de la guerra civil del 54, con la muerte de Codazzi como remate lamentable, y la reorganización ulterior de aquella, en la segunda administración gubernamental de Mosquera, quien llamó al ingeniero Manuel Ponce de León y al dibujante Manuel María Paz, para que elaborasen un atlas y la carta general de Colombia, y a don Felipe Pérez para que redactase el texto de la geografía general del país y las especiales de los estados, para lo cual tendrían a su disposición los materiales que había dejado a su muerte Codazzi.

"Por desgracia —sigue narrando Mosquera— estaban llenos de errores los materiales entregados al señor Pérez, pues el señor Codazzi había reunido sin examen cuantas relaciones le hacían las gentes al pasar la comisión corográfica por los pueblos, y el laborioso trabajo del señor Pérez vino a ser inútil, porque, examinada la geografía especial de los estados, que se publicaba en Bogotá en 1862, se halló tan imperfecta que, primero el consejo de ministros y luego yo como presidente, tuvimos que prohibir su circulación, porque en ese tratado se habían prohijado los errores de Codazzi, y porque contenía noticias estadísticas falsas, y cosas hechas sin dato alguno razonable..."

Alude don Tomás Cipriano a las observaciones y correcciones que verificó en las cartas geográficas levantadas por el ingeniero Ponce y el dibujante Paz, y al ulterior contrato que celebró el presidente Murillo Toro con los señores Pérez y Ponce para que pasasen a Europa a publicar la geografía general y el atlas y carta general. Y advierte que tales publicaciones —según los términos del contrato— debían hacerse bajo la inspección de la legación puesta a cargo de Mosquera. Pero este no llegó oportunamente a Europa, y la impresión del texto de la geografía general hízose sin tal requisito, lo que, al parecer, hirió el orgullo de don Tomás, y produjo la consiguiente desaprobación de la obra realizada.

En tal emergencia, el estadista payanés quiso enderezar lo que había señalado como un entuerto en los campos de la geografía patria. Y a ese propósito se debió el que hubiese compuesto y publicado la obra que nos ocupa:

"Deseando contribuir por mi parte —escribe— a dar cumplimiento a las intenciones del gobierno, y alguna forma, menos imperfecta a estos primeros trabajos geográficos sobre los Estados Unidos de Colombia, he

resuelto escribir una geografía general, basada sobre la monografía que trabajé en 1852, con muchos años de observaciones y estudios, tomando además de la publicación del señor Pérez los datos que allí encuentro exactos. Y hago este corto trabajo para que al circular el atlas de Colombia y la carta general se les pueda reunir, y también para que sirva de estímulo a otros colombianos que hagan lo mismo, publicando noticias geográficas y estadísticas, y para que el gobierno nacional organice nuevas expediciones que den por resultado una buena carta geográfica y la topográfica de los estados, pues la que ahora se publica no es sino el ensayo y el croquis de lo que en adelante se hará...”.

Descartando el aspecto de manifiesta injusticia con que Mosquera se refirió a los trabajos geográficos de sus antecesores, Codazzi y Pérez, muy meritorios en sí mismos, puede decirse que la *Geografía* del general debe considerarse también como un aporte importante a la bibliografía científica del país, no exento tampoco de errores, explicables en el ámbito de los conocimientos geográficos de entonces y de los precarios medios de investigación con que en aquel tiempo se contaba.

El autor emplea en su obra un lenguaje pulcro, sencillo y adecuado a la materia que desarrolla. La claridad es el distintivo más visible de su estilo. Y escrito el libro, al parecer, para todo linaje de lectores, evita cuidadosamente la profusión de términos técnicos que hacen ilegibles otras obras similares para los no iniciados.

La *Geografía* del general Mosquera no ha perdido, en un siglo, su interés. Lo tiene, al menos, en el aspecto histórico, y como elemento constitutivo de la investigación sobre el desarrollo socio-económico de este país.

Por otra parte, la obra está tachonada de curiosas noticias, de oportunas advertencias y de preciosos datos de todo linaje que mantienen pendiente la atención del lector a lo largo de los capítulos que la componen.

Al hablar de la geografía astronómica se refiere a la extensión que hace un siglo tenía el territorio nacional que “por la parte al norte de la línea equinoccial llega hasta 12° 30’, que es su latitud norte, y por la parte al sur de la línea llega hasta 5° 8’, que es su latitud sur. En el otro sentido y respecto a los grados de longitud, su extensión es desde 8° 23’ 3” al este del meridiano de Bogotá, hasta 8° 50’ 45” al oeste del mismo, o sea entre los grados 65° 50’ 40” y 83° 5’ longitud occidental del meridiano de Greenwich...”. (Págs. 7-8).

Recuerda, por otra parte, interesantes datos coetáneos de la conquista, acaecidos en el actual territorio colombiano, como este: “Pizarro encomendó a Sebastián de Belalcázar la conquista del reino de Atahualpa, que era el territorio que media entre el Guáitara y el Napo hasta Tumbes y Cajamarca en el Perú. ... Cuando llegó Belalcázar, los incas estaban en guerra con las naciones de los sebondoyes y pastusos y con los patías, que resistían enérgicamente la invasión de los incas del Ecuador...”. (Pág. 11).

Al discurrir acerca del origen de los habitantes y antigüedad del continente colombiano, Mosquera rechaza la teoría monogenista y acoge en cambio la poligenista, es decir, la que proclama variedad de orígenes en

la especie humana. “La ciencia no puede partir jamás de la tradición —enseña— y menos cuando esa tradición viene del mito y no es sino un símbolo, y mucho menos cuando esa tradición es el milagro. La obligación de la ciencia es examinar la tradición, penetrar el sentido del mito y la verdadera naturaleza de los hechos, y explicar el símbolo y el milagro...”. (Pág. 28).

Y desarrolla luego su pensamiento con estas palabras: “...En este punto del origen del hombre, la tradición es el milagro, y el carácter de la ciencia es precisamente lo contrario. La ciencia y el milagro son los dos puntos de vista opuestos; son el antagonismo necesario e inevitable por más que se esfuerzen y se fatiguen los que tratan de conciliarlos... La ciencia es el naturalismo y el milagro es el supernaturalismo; y el supernaturalismo, si lo hubiera realmente, destruiría toda ciencia, porque destruiría la obra de Dios. Pero bien, y esta es una de las cosas que tenemos que decir aquí, ya que escribimos especialmente para nuestros compatriotas: el espíritu científico, en nuestros días, ha llegado a tal grado de madurez, y, conforme a su carácter, ha adquirido ya tal grado de seriedad severa y digna, que sería vergonzoso apoyarse en una tradición para poblar la tierra, y aceptar el milagro y el supernaturalismo, cuando se trata lealmente de escribir y enseñar la ciencia; y esto que sería siempre vergonzoso para todo hombre digno, lo sería incomparablemente más en republicanos que escriben para su patria, donde puede decirse la verdad sin ningún temor, y donde debemos decir la sin ningún disfraz...”. (Págs. 29-30).

Todo esto para concluir diciendo que el continente colombiano es sin duda tan antiguo como el resto de la tierra; que los continentes de América, en su apareamiento a flor de las aguas, son contemporáneos de las otras regiones habitadas actualmente por nuestra especie.

Desde luego, rechaza Mosquera las diversas hipótesis propuestas para explicar el poblamiento del Nuevo Mundo, desde el punto de vista de la teoría monogenista, y las califica de conjeturas vagas y extravagantes. A juicio del geógrafo colombiano, “El hombre fue creado por Dios en América como en las demás partes del mundo, perteneciendo a la misma especie y siendo por tanto susceptible de recibir las modificaciones más o menos profundas que han producido las variedades primitivas y las diversas razas, y que han hecho aparecer esas hermosas castas que pueblan algunas comarcas privilegiadas de Asia y de Europa...”. (Págs. 32-33).

Destaca más tarde la tan conocida actitud inteligente y heroica de los pueblos del sur del Cauca al resistir todo intento de sojuzgamiento por parte de los incas, y al hablar de los coconucos, tan conocidos por el gran general que poseía en territorio de ellos sus dominios, suministra multitud de datos por todo concepto interesantes acerca de sus primitivas ideas sobre el bien y el mal, sus conocimientos astronómicos, la manera de contar el tiempo, etc.

“Los coconucos —añade— cantan todavía hoy una canción en su idioma, que puede muy bien inferirse no ser más que el triste recuerdo de la conquista que los sometió y de los tiempos en que empezaba a enseñár-

seles la religión cristiana". Sabido es que los españoles ponían en la cima de los montes o cerros una cruz, y esta costumbre la han continuado los habitantes del campo: la canción dice así:

*Surubu loma
nevin ra
canan cruz
nigua gra.*

Traducción:

*Subí a una altura
allí me senté
encontré una cruz
me puse a llorar.*

"Como en su idioma no hai la palabra cruz, el indio adoptó la castellana, y por un cerro ponen loma porque no tienen cómo expresar mejor su idea; pero el pensamiento se puede traducir así: Allá en la altura, donde está la cruz, me siento a llorar mi desgracia; y efectivamente los indios que saben el castellano convienen en que eso es lo que ellos quieren decir con esas palabras de su lengua...". (Págs. 41-42).

Interesante el capítulo de la *Geografía política*, en el que se hace un resumen histórico de lo ocurrido en este país después de la conquista. Tocante a la cultura, observa el autor: "La educación en los colejos reales y seminarios a cargo de los jesuítas había mejorado un poco la sociedad, aunque la mayor parte de los jóvenes educandos, bajo aquel plan tan conocido ya del jesuitismo, eran preparados solamente para ser clérigos o monjes...". (Págs. 61-62).

La represión sangrienta del movimiento de los comuneros del Socorro, le merece este justiciero comentario: "Tal ha sido siempre la máxima y la conducta de los tiranos de los pueblos: prometer cuando el pueblo está fuerte y armado, y luego quebrantar toda fe y empeño, y herir de muerte al pueblo y al individuo que ha creído en su lealtad...". (Pág. 63).

Los capítulos destinados en este libro al examen de los límites políticos antiguos y modernos son aleccionadores. Vemos por ellos, por ejemplo, que nunca, antes de ahora, es decir, de los primeros lustros de este siglo, limitó Colombia con el Perú, sino con el Ecuador, por el Sur, como con el Brasil y Venezuela por el Levante, Costa Rica y el Pacífico por el Poniente.

El capítulo relativo al estudio de la población colombiana es particularmente sugerente. Jamás se le había ocurrido a nadie, hace cien años, plantear el problema de lo que malamente se llama entre nosotros la "explosión de la natalidad". Todo lo contrario: lo que entonces había, según Mosquera, era precisamente un déficit de la población. Refiriéndose al Cauca grande dice: "Hay una rebaja de lo calculado en 1863, de 9.709 habitantes nacionales; lo cual no puede venir, en nuestro concepto, sino de la pérdida de población que ha tenido aquel Estado en la última revolución...". (Págs. 121-122).

Una nota puesta al final del capítulo en el que Mosquera analiza la población colombiana de ahora un siglo, define, en cierta manera, sus ideas filosóficas acerca del origen del mundo y de la vida. Dice: "Con el objeto

de que no se de una interpretación pantheística a lo que acabamos de decir que, la vida es siempre origen de la vida, y de la palabra naturaleza de que hemos hablado en nuestro presente trabajo, debemos decir que nosotros consideramos, tanto el origen de la vida como de la naturaleza; es decir: todos los seres y cosas creadas en nuestro planeta, como en todos los cuerpos celestes, o mejor dicho, la universalidad de todo lo creado y las leyes inmutables que mantienen la armonía en la pluralidad de los mundos, como *el Querer y Manifestación de la Voluntad Divina...*". (Pág. 128).

Mosquera atribuye al medio geográfico, al clima, la longevidad de las personas, y a fe que no le falta razón. Tiene al respecto este apunte sobre el Sur de Colombia: "Con un clima frío y tan sano que en la población del municipio de Ipiales, de 26.270 habitantes, pasan de cien años de edad 33 personas. Dijo Humboldt con mucha propiedad que esta mesa era el Tibet del Nuevo Mundo...". (Pág. 180).

No fue ajeno el gran general a las preocupaciones que de vieja data, desde los tiempos de la colonia, viajeros y estadistas habían expuesto acerca de la construcción de un canal interoceánico en territorio hoy colombiano. En el capítulo referente a la hidrografía patria, advierte: "El río Truandó, afluente del Atrato, forma al sudeste del istmo del Darién una de aquellas hondonadas por las cuales se ha buscado un paso al Pacífico; pues subiendo embarcaciones que calan dos y tres pies de agua hasta los brazos, a una latitud de 7° 30' norte y a 3° 8' o 80' longitud occidental de Bogotá (77° 24' occidental de Greenwich, no queda más distancia directa al Pacífico, que 68 kilómetros o sean 13 leguas colombianas, pudiendo encontrar navegable y con la misma profundidad, el río Juradó a solo 10 leguas de distancia; pero subiendo en embarcaciones pequeñas, podría reducirse el camino de tierra solamente a 3 myriámetros para caballerías y 5 para ruedas. Subiendo el Atrato hacia el río Napipi por la boca Muriel, puede llegarse hasta la quebrada Cutagadó, o por el río Opogadó, a una distancia de un myriámetro de un punto a otro, y de cualquiera de estos al Pacífico, en la ensenada o bahía de Cupica, no hay más de 2½ myriámetros o sean 5 leguas colombianas de 5 kilómetros. Por este punto pasó el general Illingrot, en 1820, la lancha de la corbeta Rosa, para auxiliar al coronel Cancino, colombiano, contra los españoles que subían por el Atrato...". (Págs. 208-209). Y más adelante: "En la parte baja del Atrato abundan las lagunas y acaso podrían aprovecharse algunas, hasta llegar a las aguas de los ríos que las forman...". (Ibidem).

Frente a los grandes espectáculos de la naturaleza colombiana, la pluma del geógrafo cobra, en medio de su sobriedad, un gran poder plástico y descriptivo, no ajeno a las galas literarias, como en esta referencia a las regiones paramunas de las altas montañas andinas: "Esta es la región llamada del páramo, parajes inhabitados donde el termómetro baja apenas la línea de fusión del hielo y donde se respira un aire etéreo en que concluye la atmósfera vital. En esas alturas el granizo cae en abundancia en algunas épocas, neva en otras y más frecuentemente la lluvia azota la montaña. Otras veces la niebla densa y espesa todo lo envuelve y oscurece, o haciéndose fugaz y ligera se forma y se disipa alternativamente al primer soplo del viento. En esta región vegeta desafiando el rigor de la intemperie casi perenne, el frailejón, yerba arbórea si es permitido espre-

sarse así, notable por su resina, por sus grandes ramilletes de flores doradas, y por el envoltorio de lana que la cubre, constituyendo con sus grandes hojas un abrigo para el viajero extraviado...". (Pág. 226).

Y esta concisa visión de los nevados perpetuos: "Yerma región de soledad completa, raras veces hollada por la planta humana o cruzada por el vuelo del cóndor. Allí reina una calma y majestad sublimes. Su silencio imponente tal vez se podría comparar al de los primeros momentos de la creación...". (Págs. 227-228).

Por último, la hermosa descripción, en el capítulo final, de esta Arcadia feliz que era Colombia hace un siglo: "La moralidad del pueblo colombiano, después de 14 años de lucha constante en la guerra de la independencia, y de frecuentes conmociones políticas en los últimos cuarenta y dos años, es tal, que se viaja por todo el país sin armas, y conduciendo oro e intereses sin que haya robos ni asaltos contra la propiedad. Los correos conducen los caudales sin escoltas, y de tres millones de habitantes jamás se ha levantado una partida de malhechores a robar en los caminos públicos. Los atentados que en otro tiempo ocurrieron en el istmo han sido excepciones y obras de perversos de otros países, llevados a aquel lugar con el aliciente del oro de California que pasa por él; pero esto ya no se ve y hai la misma seguridad...". (Págs. 301-302).

A los cien años de escrita esta *Geografía*, nos parece que Mosquera está evocando a veces, como Don Quijote ante los cabreros, una pasada edad de oro o dorada, ida para siempre: "Ningún pueblo paga menos contribuciones que el colombiano, porque las legislaturas son prudentes para imponerlas, cuando los obstáculos que opone una naturaleza gigante en sus montañas, no permite la facilidad de los transportes y de la inmigración...". (Pág. 302).

Lo que le permitía, con toda lógica, formular estos augurios finales: "Si nuestros conciudadanos, olvidando las pasiones políticas que destruyen a las repúblicas hispano-americanas, consagran sus esfuerzos y nos ayudan a dar impulso a la apertura de caminos y navegación interior de los ríos, ese país será de los más felices del universo...". (Ibidem).

Hermoso y aleccionador libro este de Tomás Cipriano de Mosquera, con olor y sabor de patria, escrito hace más de un siglo, que no ha vuelto a reeditarse y que es ya, por lo mismo, un raro ejemplar de la bibliografía colombiana.